

PRESENTACIÓN

LOS CENTENARIOS EN HISPANOAMÉRICA: LA HISTORIA COMO REPRESENTACIÓN

En torno a 1910 una serie de naciones americanas (Argentina, Colombia, Chile, Ecuador, México, Paraguay¹ y Venezuela) nacidas de la disgregación de la antigua monarquía católica celebraron sus primeros 100 años de vida independiente. Si toda conmemoración tiene algo de arbitrario, por qué celebrar los 100 años y no los 75 o los 125, en este caso la arbitrariedad era aún mayor. En sentido estricto ninguna de ellas había proclamado su independencia en 1810,

¹ El caso de este país resulta un tanto complicado. Si en principio se pensó celebrar el Centenario en 1911, dentro por lo tanto del grupo de los que lo hicieron en torno a 1910, posteriormente el gobierno, acosado por una grave crisis política y económica, decidió posponer la conmemoración hasta 1913, con el argumento de que la revolución de 1911 se había hecho en nombre del rey de España, no de la independencia política. Hubo, sin embargo, algunos actos conmemorativos en 1911, motivo por el que se le ha incluido entre las naciones que celebraron el Centenario en torno a 1810. Es obvio que el argumento de que la revolución de 1811 se había hecho en nombre del rey y no de la nación podría haberse utilizado en cualquiera de los otros países. Fue, sin duda, una decisión política y no histórica.

en algunos casos ni siquiera el Estado que la conmemoraba había nacido de la ruptura con España, sino con un Estado vecino y la interpretación de lo ocurrido en ese año, tal como ha mostrado la historiografía posterior,² difícilmente puede reducirse a una guerra de liberación nacional. La imaginación de 1810 como el año de la independencia fue, en todos los países concernidos, el resultado de complejas negociaciones histórico-políticas sobre la memoria, parte del proceso de construcción nacional y no sólo una conmemoración histórica.

El nacimiento de las naciones contemporáneas se inscribe en el tiempo nebuloso de la larga duración y no en el preciso de fechas y efemérides de la corta. Lo ocurrido en el mundo hispánico a principios del siglo XIX, a uno y otro lado del Atlántico, no fue el desplazamiento de un poder nacional por otro sino algo más complejo y de mucho mayor calado histórico, la desaparición de una forma de legitimidad política de carácter dinástico-religioso y su sustitución por otra en la que la nación ocupó el lugar del rey como fuente del poder. Una crisis civilizatoria de fechas imprecisas más que una sucesión de guerras de liberación nacional. El fin de la monarquía católica, una estructura política de carácter anacional, se inicia simbólicamente con la cri-

² Habría que precisar que las dudas sobre el carácter independentista de los sucesos de 1810 no son un descubrimiento de la historiografía revisionista de las últimas décadas. A lo largo del siglo XIX fueron varios los autores que cuestionaron esta interpretación. Quizás el caso más llamativo sea el del venezolano Laureano Vallenilla Lanz, quien, en plena conmemoración del Centenario, desató una agria polémica en su país al afirmar, y defender en varios artículos, que la llamada guerra de independencia venezolana había sido una guerra civil. Véase en este mismo número el artículo de Luis Ricardo Dávila.

sis dinástica de 1808, no en 1810, cabría preguntarse incluso si no mucho antes, en el momento en que, en el contexto de la feroz competencia de una sociedad asocial,³ comenzó a mostrar una clara debilidad para seguir manteniendo la lucha por la hegemonía en la que estaba embarcada; y la construcción de los Estados-nación hispanoamericanos no se concluye, con variaciones de unos a otros, hasta bien entrado el siglo XIX, en general con fechas que se acercan más al último cuarto de siglo que al primero. Las naciones en Hispanoamérica no fueron la causa de las guerras de independencia sino su consecuencia, el resultado de procesos en cuyo desencadenamiento la conquista de la soberanía política nacional jugó un papel secundario, si es que jugó alguno. Una consecuencia demorada en el tiempo y en la que resulta difícil establecer fechas precisas y concretas. Primero se proclamó la soberanía política, en ningún caso en 1810, y sólo más tarde se comenzó a imaginar posibles naciones sujetos de aquella. Las conmemoraciones de 1910 fueron parte de un complejo proceso de legitimación política que permitió afirmar justo lo contrario de lo que había ocurrido. Los distintos Estados proclamaron la preexistencia de unas naciones que sí habrían sido la causa de las guerras de independencia. Rememoraron una epopeya en

³ Así define Kant la multipolaridad de la Europa noroccidental de su época, una situación posiblemente única en términos históricos que condujo a un interminable y feroz enfrentamiento entre las grandes monarquías europeas, con la guerra de los Siete Años, un conflicto de carácter planetario en la que la monarquía católica mostró una clara debilidad, como uno de sus episodios centrales y determinantes. Para un análisis global de estos aspectos véase TILLY, *Coercion, capital and European States*.

la que las naciones americanas se rebelaban contra el dominio despótico de España para conquistar su libertad e independencia. La culminación de un proceso de reescritura de la historia que convertía a las naciones en las grandes protagonistas de los episodios de un siglo antes.

La celebración de los Centenarios, en realidad, nos dice muy poco sobre lo ocurrido en 1810 pero mucho sobre el devenir histórico de los 100 años siguientes. Fue mucho más que una conmemoración. Historia ellos mismos, los Centenarios son parte del proceso de construcción nacional iniciado en la segunda década del siglo XIX. El broche de oro final que culmina el largo y tortuoso camino de invención de comunidades imaginadas de tipo nacional en lo que un siglo antes eran todavía sólo divisiones administrativas de una estructura estatal, la monarquía católica, en la que habían carecido, de manera general, de cualquier tipo de densidad política. Las fiestas del Centenario pierden así para el historiador su carácter de meros eventos político-culturales para convertirse en una preciada fuente, mejor vestigio,⁴ de las características y problemas del proceso de construcción nacional en Hispanoamérica, uno de los más tempranos y exitosos del mundo contemporáneo.

Este número monográfico se propone una relectura de los Centenarios de la independencia en los diferentes países, a partir de estas propuestas y en dos grandes bloques temáticos. El uno tiene que ver con los debates político-ideológico-cultural-historiográficos que tuvieron lugar en torno a las celebraciones, los discursos de los centenarios; el

⁴ Sobre el concepto de vestigio, opuesto al de fuente, véase PÉREZ VEJO, "El uso de las imágenes como documento histórico", pp. 151-152.

otro con las ceremonias, erección de monumentos e intervenciones urbanas hechas durante la conmemoración, las imágenes de los Centenarios.

Voluntariamente se ha limitado el estudio a aquellas naciones en las que las celebraciones tuvieron lugar en torno a 1910-1911, dejando fuera a aquellas otras en las que la conmemoración se celebró a partir de 1920. Al margen de que la elección de una u otra fecha está ya preñada de significados históricos, por poner un ejemplo obvio, en México no es lo mismo celebrar la independencia con el Plan de Iguala que con el grito de Dolores, la segunda década del siglo xx fue pródiga en acontecimientos internacionales, desde la Gran Guerra a las revoluciones rusa y mexicana, que variaron radicalmente tanto las perspectivas sobre el futuro como las miradas sobre el pasado, por lo que las claves de las conmemoraciones fueron ya relativamente diferentes. Las fiestas de 1910 marcaron, en muchos sentidos, el fin de una época histórica en América Latina y el comienzo de otra. Un tiempo de cambio que cierra un siglo xix largo, el de las burguesías liberales, y abre otro, el de la irrupción de las masas en la historia y la conversión del problema social y las clases populares en parte del debate político.⁵

El objetivo, tanto del estudio de los discursos como del de las imágenes, es reconstruir el contexto político-ideológico de las fiestas de los Centenarios y su significado histórico. Las conmemoraciones no como un hecho aislado sino

⁵ Esto no quiere decir que 1910 fuera un parte aguas exacto, los problemas que estallarán a partir de este año se venían gestando ya desde finales del siglo anterior. La simbólica masacre de Santa María de Iquique en Chile, por ejemplo, tuvo lugar tres años antes de la celebración del Centenario chileno.

como culminación de un proceso de invención nacional, desarrollado a lo largo de un siglo, del que aquellas serían su expresión más precisa y acabada. No es necesario precisar que, desde la perspectiva aquí planteada, tiene el mismo valor el discurso que se emite a través de la palabra o el texto escrito que el transmitido por las imágenes de ceremonias, monumentos públicos o espacios urbanos; tampoco que la distinción entre uno y otro es sólo una estrategia metodológica de análisis y que ambos, como se puede comprobar en la mayoría de los trabajos que siguen, se encuentran inexplícitamente unidos sin que se pueda, en la mayoría de los casos, delimitar dónde acaba uno y dónde comienza otro.

LOS DISCURSOS

La celebración del primer Centenario de las independencias fue el momento oportuno para intentar zanjar dos grandes dilemas sobre el ser de las naciones hispanoamericanas. El primero tenía que ver con el qué somos, que dado el fuerte componente historicista de la cultura decimonónica se convirtió inevitablemente en un de dónde venimos; el segundo, con el hacia dónde vamos, el futuro que nos espera en el concierto de las naciones del mundo.

Este último no planteó demasiados problemas. En el inicio del segundo siglo de vida independiente las naciones del continente mostraron unanimidad casi absoluta sobre el futuro esplendoroso que se abría ante ellas, con las últimas décadas del siglo anterior ya como prolegómeno evidente. La fe en el progreso resultaba incuestionable. Las conflagraciones civiles que habían ensangrentado el continen-

te parecían haber llegado a su fin⁶ y los aspectos negativos de la herencia colonial, que se confundía con la del antiguo régimen, parecían definitivamente conjurados.

La presencia de críticas “regeneracionistas”, con variaciones de intensidad en los distintos países y que, generalmente tienen como punto de partida el análisis de la iniquidad social y las malas condiciones de vida de las clases populares, apenas lograron empañar la fe en el avance del progreso y de la civilización. La constatación de carencias educativas y sanitarias o de la debilidad del desarrollo económico tienen más el sentido de búsqueda de soluciones que de verificación de fracasos. La “conquista de la civilización” era, en todos los países, un objetivo cercano y posible.

El único motivo de disenso importante fueron las polémicas en torno a las políticas migratorias. La correlación inmigración-progreso, resultado tanto del mito de las riquezas naturales sin explotar como del ejemplo de Estados Unidos, se convirtió poco menos que en un axioma. La consecuencia fue el desarrollo de activas políticas inmigratorias, que no siempre resultaron exitosas. La gran excepción fue Argentina, no por casualidad el espejo del progreso en el que todas las demás naciones hispanoamericanas se miraron. La Argentina de 1910 se ofrecía al resto del continente como el país que había logrado triunfar en la carrera de la civilización y el crecimiento económico gracias a sus acertadas políticas inmigratorias. En aquellos países en que el éxito inmigratorio fue, por el contrario, menor del esperado, caso

⁶ En algunos casos en fechas realmente cercanas, por ejemplo en Colombia donde la guerra de los Mil Días apenas terminaba de concluir en 1902.

de México, el debate sobre los motivos de este fracaso fue intenso. Siempre entremezclado con el que tenía que ver con el problema de la población indígena, su integración en la vida nacional y sus aptitudes para la vida civilizada.

Al margen de estas disensiones, menores, la fe en un futuro mejor fue monolítica en todo el continente. Nadie parecía poner en duda que las Repúblicas hispanoamericanas ocupaban por fin el lugar que les correspondía entre las naciones civilizadas del planeta y que en él iban a seguir. Eran las protagonistas de la historia, no sus víctimas, y las conmemoraciones fueron la ocasión óptima para exhibirse ante el mundo como campeonas del progreso y de la modernidad. Un siglo después, fracaso económico, teorías de la dependencia y venas abiertas de por medio, la mayoría del continente ha asumido su papel de víctima en el concierto internacional. No fue ésta, sin embargo, la situación en 1910 cuando las élites del continente se veían formando parte de los ganadores de la historia y como tales se exhibieron ante el mundo.

Los Centenarios fueron el escaparate en el que mostrar el nivel de progreso alcanzado y el, todavía más alto, que se esperaba alcanzar en años venideros. Las naciones americanas se imaginaban como el futuro de la humanidad y como tales se exhibieron en el escenario de las conmemoraciones. Por supuesto con diferencias significativas. No era lo mismo, por poner dos ejemplos cercanos en el espacio pero claramente contrapuestos en su evolución histórica, la pujante, exitosa y abierta al mundo Argentina de comienzos del siglo xx que el atrasado y aislado Paraguay, pobre, apenas recuperado de las secuelas de la desastrosa guerra contra la Triple Alianza y aquejado de una endémica inestabilidad política.

Más problemático resultó el qué somos. El intenso proceso de nacionalización llevado a cabo por los Estados hispanoamericanos desde el mismo momento de la independencia, pioneros, tal como vio Anderson, en el problema de imaginar una nación,⁷ resultó especialmente complejo. Como ya he explicado con más detenimiento en otras ocasiones,⁸ la invención de naciones en los territorios americanos de la monarquía católica tuvo que hacer frente al hecho de que los autores de las independencias, y como consecuencia los forjadores de las nuevos Estados-nación, fueron los descendientes biológicos y culturales de los antiguos conquistadores. Las fronteras identitarias nacionales (lengua, raza y cultura) no sólo eran difusas sino que tendían a confundirse con las de la antigua monarquía. Una situación que, unida a la complejidad de las relaciones étnicas en el interior de las nuevas soberanías políticas, volvió difícil el recurso a una nación intemporal, heredera de imaginadas naciones prehispánicas previas; pero también el de la

⁷ La postura de Anderson a este respecto resulta un tanto ambigua, si bien es cierto que en el prefacio de la segunda edición de su obra afirma tajantemente “It had been part of my original plan to stress the New World origins of nationalism”, no lo es menos que, en sus propias palabras, “the crucial chapter on the originating Americas was largely ignored”, motivo por el que se vio obligado a retitular en la nueva edición el capítulo IV “Creole Pioneers”. ANDERSON, *Imagined Communities*, p. xiii. No creo que el problema sea sólo, también según sus propias palabras, de “Eurocentric provincialisms” sino, sobre todo de que el capítulo de “Creole Pioneers” resulta en gran parte fallido, probablemente por las características de las propias fuentes que usa, básicamente un viejo, y envejecido, texto de John Lynch de 1973, *The Spanish-American Revolutions, 1808-1826*.

⁸ Véase en particular la introducción y las conclusiones del libro PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano*.

continuidad con la tradición hispánica. El primero tenía en su contra la filiación étnica y cultural de las élites del continente; el segundo la identificación mundo virreinal/antiguo régimen y el de una independencia que se había hecho contra unos “españoles” a los que se había buscado, ya desde muy pronto, convertir en el otro absoluto.

La pulsión “prehispanista” recorrió el continente con mayor o menor intensidad durante las primeras décadas de vida independiente, del “Se conmueven del Inca las tumbas,/y en sus huesos revive el ardor,/lo que va renovando a sus hijos/de la Patria el antiguo esplendor” de la *Marcha patriótica* de Buenos Aires,⁹ posterior himno oficial argentino, al “Ya revive la patria querida/De los Incas, los hijos del sol/El imperio del gran Montezuma/De los Zipas la antigua nación” del himno neogranadino de José María Salazar.¹⁰ Acompañada casi siempre de una más o menos explícita hispanofobia, exacerbada, primero, por el carácter extremadamente cruel y sangriento de las guerras de independencia,¹¹ característica común de cualquier guerra civil; y después por el tardío reconocimiento por España de

⁹ Encargo de la Asamblea General Constituyente fue escrita por Vicente López y Planes en 1813.

¹⁰ Fue compuesto en 1815 con la voluntad de convertirse en himno nacional “Hasta ahora no habíamos tenido una *Canción Nacional*, y juzgamos que ésta, acompañada de una música que le sea digna podrá servir para abrir la escena de los combates”. *Argos de la Nueva Granada* (26 de nov. 1815).

¹¹ La ya citada *Marcha patriótica*, por ejemplo, incluye estrofas tan poco dudosas como las siguientes “¿No los veis [a los españoles] sobre Méjico y Quito/arrojarse con saña tenaz?/¿Y cual lloran bañados en sangre/Potosí, Cochabamba y La Paz?/¿No los veis sobre el triste Caracas/luto y llantos y muerte esparcir?/¿No los veis devorando cual fieras/todo pueblo que logran rendir?”.

las nuevas naciones,¹² la continuidad de la presencia española en Cuba y Puerto Rico y las intervenciones militares españolas en el continente (desembarco de Barradas en México, 1829; anexión de la República Dominicana, 1861; expedición de Prim a México, 1862; Guerra del Pacífico o Guerra contra España, con Chile y Perú, 1864-1871; etc.). Factores todos ellos que, lógicamente, fueron interpretados del lado americano como pruebas de la voluntad de reconquista de un Estado, el español, que se imaginaba, y se asumió, heredero de la antigua monarquía.

Las décadas finales del siglo XIX cambiaron radicalmente la situación. El racismo “científico” se volvió hegemónico entre las élites hispanoamericanas que, como consecuencia, se mostraron mucho más proclives a asumirse herederas de una raza “superior”, la de los conquistadores, que de unas razas “inferiores”, las indígenas, cuya baja “calidad genética” fue deplorada una y otra vez en textos y discursos. La reivindicación de lo indígena, presente en algunos textos de la época, es siempre la del indio muerto, no la del contemporáneo. Como consecuencia, la proclamación de la raza española como fundamento de nacionalidad, patrimonio casi exclusivo de los conservadores durante las primeras décadas de vida independiente, se generalizó, aunque frecuentemente bajo la denominación de raza latina y nacio-

¹² A pesar del goteo de reconocimientos previos (México, 1836; Ecuador, 1840; Chile, 1844; Venezuela, 1845; Bolivia, 1847; Costa Rica y Nicaragua, 1850; Argentina, 1859; Santo Domingo, 1855; Guatemala, 1863; y Perú y Salvador, 1865) se podría afirmar que por parte de los sucesivos gobiernos españoles no hubo una voluntad clara de reconocimiento de la soberanía de los nuevos Estados hasta entrada la segunda mitad de la década de los sesenta.

nes latinas, que permitía obviar la tradicional hispanofobia presente todavía en algunos sectores socio-políticos y satisfacer la francofilia de las élites hispanoamericanas de finales del siglo XIX y principios del XX.

La política española hacía los antiguos territorios de la monarquía en América sufrió también cambios importantes. Factores como el fracaso de la llamada “política de prestigio” de comienzos de la década de los sesenta (intervenciones en Santo Domingo, México y el Pacífico) o la intensificación de los flujos migratorios españoles hacia América llevaron a un hispanoamericanismo de nuevo cuño, con un fuerte componente de “imperialismo de sustitución”,¹³ en el que España comenzó a imaginarse como parte de una comunidad cultural hispanoamericana, con un cierto papel rector pero carente ya de la voluntad de dominio anterior.¹⁴ Un proceso que llegaría a su culminación con la derrota del 98 y la pérdida de las últimas colonias españolas en América.

La confluencia de todos estos factores llevó a que las conmemoraciones estuvieran marcadas por el signo de la reconciliación con España, refrendado por el gobierno español con el envío de embajadores extraordinarios a Argentina, México, Chile y Venezuela.¹⁵ El recibimiento

¹³ Para este concepto véase PÉREZ VEJO, “La construcción de México”.

¹⁴ Sobre el hispanoamericanismo español véase SEPÚLVEDA, *El sueño de la madre patria*.

¹⁵ La que mayor impacto social tuvo de estas embajadas extraordinarias fue la de Argentina, presidida por un miembro de la familia real, la infanta Isabel. En los demás países se prestó también especial atención a la presencia de los representantes españoles, todos con alguna relación específica con América. El Marqués de Polavieja, enviado a México, era hijo de una mexicana y nieto de un miembro de la Audiencia de México;

dispensado a éstos, tanto por las autoridades como por el público, fue particularmente cordial, hasta el punto de que en Argentina la numerosa colonia italiana llegó a protestar por el lugar secundario reservado al embajador de Italia en relación con la representante de España, la infanta Isabel. No menos efusivo fue el recibimiento dispensado a Rafael Altamira, uno de los principales abanderados del nuevo hispanoamericanismo, en su periplo americano de finales de 1909 y principios de 1910.¹⁶ Los agasajos fueron continuos a lo largo de todo el viaje, también los comentarios favorables a sus discursos y conferencias. La única excepción significativa fue la del cubano Fernando Ortiz, Cuba era un caso particular ya que en 1910 apenas habían pasado 12 años del fin de su sangrienta guerra, quien rechazó el panhispanismo de Altamira acusándolo de buscar la “reconquista de América”.¹⁷

Las fiestas del Centenario tuvieron un fuerte componente de reencuentro con España y, sobre todo, con el pasado hispánico, de reconciliación con la antigua metrópoli pero también, y quizás sobre todo, de reconciliación con el pasado español como elemento de nacionalidad. Una especie de panhispanismo orgánico, cercano en cierta medida al pan-

el Duque de Arcos, Chile, había sido embajador en Santiago; y el Conde de Cartagena, Venezuela, era nieto de Morillo, el que había sido temido jefe de las tropas realistas en esta antigua Capitanía General.

¹⁶ Entre junio de 1909 y marzo de 1910 viajó dando conferencias por Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba. Para este viaje véase el relato que del mismo hizo el propio Altamira. ALTAMIRA, *Mi viaje a América*.

¹⁷ En 1910 Fernando Ortiz recopiló sus artículos en contra de Altamira bajo el significativo título de *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*.

germanismo y paneslavismo de la época, que explica el ya comentado éxito de Altamira, un autor cuyo organicismo cultural bebe directamente del pensamiento alemán. Fueron muchos los pensadores americanos que en ese momento volvieron su mirada a la tradición española para buscar en ella hasta los orígenes de las propias revoluciones de 1810;¹⁸ más todavía los que plantearon que las celebraciones eran también el momento del reencuentro con España. Tal como afirma Rebecca Earle, “Spanish America thus entered its second century of independence largely reconciled with its Spanish heritage”.¹⁹ Un reencuentro no exento de dificultades, en particular en aquellos países de fuerte presencia indígena en los que la reivindicación de la herencia española parece conllevar siempre un inevitable rechazo de la india,²⁰ aunque en general se podría afirmar que el indio y lo indígena fueron los grandes ausentes en las celebraciones de los Centenarios. El conflicto de memorias, posiblemente también étnico, fue sin embargo de cierta intensidad. Está detrás del importante lugar que España y lo español ocuparon en las polémicas americanas de en torno a 1910, que en algunos casos (México y Paraguay) se resolvió con la reivindicación del mestizaje y la conversión del mestizo en la “raza” nacional; y en todos con una paradójica exaltación, al mismo tiempo y sin solución de continuidad, de

¹⁸ Véase por ejemplo el ensayo ganador del concurso convocado por la ciudad de Caracas para conmemorar el Centenario de la independencia de Laureano Vallenilla Lanz, analizado en este mismo número por Luis Ricardo Dávila.

¹⁹ EARLE, “Padres de la Patria and the Ancestral Past”, p. 804.

²⁰ Véase el estudio que del caso de México hace Mauricio Tenorio Trillo en TENORIO TRILLO, “Mexico City: Space and Nation”.

la herencia española y de los héroes que habían roto con España. Los panegíricos a los caudillos de la independencia se entrelazan con los de las glorias de España en discursos, versos y textos históricos, especialmente en aquellos países con mayor presencia de inmigrantes españoles. Todo ello en el contexto de una orgía de nacionalismo que encontró campo abonado a uno y otro lado del Atlántico.

Los debates sobre qué somos cristalizaron en torno a esos años en una importante producción historiográfica,²¹ pero también sobre todo en una continua presencia de la historia en la vida pública (discursos, artículos de prensa, etc.). En ellos se dirimieron aspectos tan distantes como el desarrollo de las guerras de independencia o el origen de las distintas naciones. El primero obligó a elegir entre unos héroes y otros ya que, en muchos casos, resultaba extremadamente difícil fijar una historia lineal en el interior de un proceso en el que los papeles de héroes y villanos tendían a confundirse, si el consumidor de la independencia mexicana, Iturbide, había acabado sus días ejecutado por sus propios connacionales, en el otro extremo del continente, San

²¹ Algunos ejemplos de esta producción pueden verse en los artículos dedicados en este mismo monográfico a cada uno de los países. Sólo por citar algunos, en Argentina, *Historia constitucional de la República Argentina* (1910), *Historia de la educación primaria en la República Argentina 1810-1910* (1910), *Manual de la Historia Argentina* (1910), *Los mensajes [Texto impreso]: historia del desenvolvimiento de la nación Argentina redactada cronológicamente por sus Gobernantes: 1810-1910* (1910); en Chile, *Breve compendio de la historia de Chile y biografías de padres de la Patria* (1910); en México, *Documentos históricos mexicanos* (1910); en Paraguay *La República del Paraguay en su primer Centenario 1811-1911* (1911) y *Estudio sobre la independencia de Paraguay* (1911); en Venezuela, *Historia Contemporánea de Venezuela* (1909).

Martín, el héroe indiscutido, lo había hecho en un más o menos voluntario exilio; el segundo, a volver a plantearse el lugar que el mundo prehispánico y el español tenían en la configuración de las nuevas naciones.

LAS IMÁGENES

Las imágenes de las conmemoraciones de los Centenarios estuvieron, no podía ser de otra manera, estrechamente imbricadas con los discursos, hasta el punto que no parece arriesgado afirmar que fueron su continuación por otros medios. Una continuación que, sin embargo, ofrece información sobre aspectos muchas veces ausentes o presentes de manera menos explícita en los discursos de las palabras. Cabalgatas históricas, monumentos e intervenciones urbanas sirvieron para mostrar al mundo en general y a sus propios ciudadanos en particular, el alto nivel de progreso y civilización logrados en los 100 primeros años de vida independiente; también para afirmar, de forma a menudo enfática y grandilocuente, lo que la nación era. Un discurso en imágenes de gran fuerza emotiva que quiso fijar en una versión canónica lo que la independencia había sido y significado.

La inauguración de edificios públicos, pavimentaciones, sistemas de transporte, alumbrado y alcantarillado en las capitales y principales ciudades de cada uno de los países,²² y la creación de instituciones de cultura (academias, escue-

²² De manera particular en las capitales. Los Centenarios tuvieron un fuerte sesgo “capitalino” que sirvió para afirmar el lugar rector de las ciudades-capital en la imaginación de la nación.

las, bibliotecas) mostró al mundo la imagen de unos países decididamente instalados en el camino del progreso y la civilización. La publicación de lujosos álbumes con grabados y fotografías de estas ceremonias y de las obras inauguradas difundió, tanto hacia el interior como hacia el exterior, esta imagen exitosa.

La fiebre conmemorativa llenó el continente de monumentos en piedra y bronce. Imágenes enfáticas y grandilocuentes en las que los americanos se contaron a sí mismos y al mundo de dónde venían o, lo que es lo mismo, quiénes eran. Esta historia de bronce, en el sentido literal del término, tuvo dos vertientes diferenciadas. Una tuvo que ver con la erección de monumentos conmemorativos por parte de los propios Estados; otra con los ofrecidos por las distintas colonias extranjeras como homenaje a los países en que vivían.²³ Los primeros, resultado de arduas negociaciones sobre la memoria, tuvieron un claro componente de autocelebración, de fijación de una historia que permitía afirmar las guerras de independencia como guerras de liberación nacional, reduciendo complejidad de los conflictos de la segunda y tercera décadas del siglo XIX a una lucha de los partidarios de la libertad y de la independencia nacional contra los defensores del absolutismo y el sometimiento a España. Los segundos, plasmaron el imaginario de los inmigrantes y de sus Estados de origen sobre cada uno de

²³ Para una síntesis sobre los monumentos erigidos en los distintos países americanos en la celebración de los Centenarios véase GUTIÉRREZ VIÑUALES, *Monumento conmemorativo*, una exhaustiva recopilación de los monumentos construidos en Iberoamérica a lo largo de los siglos XIX y XX, entre los que ocupan un importante lugar los promovidos con motivo de las fiestas del Centenario.

los distintos países hispanoamericanos, tanto de su pasado como de su futuro.

Entre estos últimos, lo mismo que ocurre en el caso de los discursos, ocupan lugar hegemónico los que tienen que ver con España y con los españoles. En México el Ayuntamiento de la capital, con el apoyo de la colonia española proyecta un, finalmente nunca construido, monumento a Isabel la Católica, el único de los ofrecidos por las colonias extranjeras para el que se reservó un lugar en el gran eje conmemorativo del Paseo de la Reforma de la capital mexicana,²⁴ una clara exaltación de la reina que había hecho posible el Descubrimiento.

En el otro extremo del continente, en Argentina, no sólo los residentes españoles levantaron un gran monumento en Buenos Aires, *La Carta Magna y las cuatro regiones argentinas*, más conocido como *Monumento de los españoles*, monumento para el que se reservó también un espacio urbano privilegiado, la confluencia de las avenidas Sarmiento y Alvear (actualmente Sarmiento y Libertador), sino que, además, el propio gobierno argentino promovió y financió el *Monumento a España*, el único de los construidos por el Estado argentino dedicado a un país extranjero. Este último, por si había alguna duda, una exaltación del descubrimiento, la conquista y la época virreinal. Entre los personajes representados aparecen figuras tan significativas como Isabel la Católica, Cristóbal Colón, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Juan Sebastián Elcano, el padre Las Casas, etcétera.

²⁴ Un lugar, además, de una extraordinaria visibilidad pública, cerraba el Paseo justo enfrente de la entrada principal al bosque del castillo de Chapultepec. Sobre este proyecto véase en este mismo monográfico el artículo de Verónica Zárate Toscano.

En Chile la colonia española donó un monumento a Alonso de Ercilla, el autor de la *Araucana*, que unía el homenaje a uno de los conquistadores con la exaltación del valor de los antiguos araucanos. El manido mensaje del mestizaje histórico como origen de la nacionalidad.

La imagen del reencuentro fue todavía más explícita en Venezuela, cuyo gobierno erigió un monumento en el mismo sitio en el que había tenido lugar el histórico abrazo entre Bolívar y Morillo, que había puesto fin al conflicto bélico en la antigua capitanía. Enfática proclamación de que la reconciliación con España había comenzado en el mismo momento del fin de la guerra, una de las más sangrientas de todo el continente, y de la mano, además, del propio Libertador.

En todos los países la piedra y el bronce confirmaban el discurso del reencuentro presente en libros y artículos periodísticos. Una especie de fiesta de familia en la que, paradójicamente, se conmemoraba a la vez la separación y el reencuentro, las guerras de independencia y la reconciliación.

LOS FASTOS DE LOS CENTENARIOS COMO DOCUMENTO HISTÓRICO

A partir de los aspectos anteriormente citados la propuesta de este número monográfico es entender la celebración de los Centenarios como un documento histórico. Analizar los textos e imágenes producidos con motivo de las conmemoraciones de 1910 como parte fundamental de la historia política y cultural del continente. Una apuesta arriesgada, en la que la historia política y la historia cultural aparecen inextricablemente unidas y en la que el objeto de estudio no es tanto el poder como lo que les hace posible, las

fuentes últimas de legitimidad en las que encuentra sustento, aquello que permite pasar de una simple agregación de individuos a una comunidad política provista de sentido.

Las conmemoraciones históricas tienen como objetivo no tanto la historia como la memoria colectiva y la gestión de ésta es, en las sociedades modernas, uno de los principales problemas políticos, si no el principal. En sociedades en las que la legitimidad del poder descansa en ser la representación de la nación, una realidad imaginada e imaginaria, resulta absolutamente imprescindible su recreación continua en el imaginario colectivo de cada comunidad nacional. Es posible que la nación, tal como afirmaba Renán, sea un plebiscito cotidiano, pero sobre lo que no hay ninguna duda es que es una recreación cotidiana. Si los calendarios cívicos, con su sucesión de efemérides y fiestas patrias, son parte fundamental de una rememoración cuyo objetivo último es la construcción de una memoria colectiva compartida, las conmemoraciones de los centenarios sirven tanto para afirmar como para ordenar esta memoria en sus grandes hitos fundamentales. Lo que diferencia una comunidad política no nacional de otra de carácter nacional es la fe en un pasado compartido y las conmemoraciones son ritualizaciones que permiten interiorizar éste como parte del presente.

Los centenarios se convierten así para el historiador en fuente imprescindible de los procesos de construcción nacional y de las características más relevantes que ésta ha tenido en cada nación concreta. No está de más recordar aquí que estas grandes conmemoraciones colectivas sólo adquirieron carta de naturaleza a partir del surgimiento de los Estados-nación contemporáneos. Prueba, sin duda, de su dependencia de las necesidades de legitimación

de éstos. Por poner un ejemplo obvio, en la antigua monarquía católica, una estructura anacional como ya se ha dicho anteriormente, a nadie se le ocurrió durante tres siglos conmemorar los centenarios del descubrimiento de América. Hubo que esperar a 1892 para que el Estado español, ya autoimaginado como una comunidad nacional, conmemorara con todo el esplendor posible el IV Centenario. Una forma de afirmar la existencia de una nación española y la legitimidad del Estado para ejercer el poder en su nombre.

Estos son, a grandes rasgos, los objetivos planteados con la publicación de este número monográfico, obviamente desarrollados a partir de las particulares preocupaciones historiográficas de cada autor. Como coordinador sólo me queda agradecer a cada uno de ellos: Liliana M. Brezzo, Guillermo Bustos Lozano, Gloria Cortés Aliaga, Luis Ricardo Dávila, Alberto Escovar Wilson-White, Roldán Esteva-Grillet, Francisco Herrera Muñoz, Laura Malosetti Costa, Javier Moreno Luzón, Antonio Sáez Arance, Ignacio Tellesca y Verónica Zárate Toscano su participación y mostrar mi satisfacción por el alto nivel de cada uno de los trabajos aquí incluidos.

Quiero terminar con una disculpa a los lectores. La idea original era incluir dos artículos para cada uno de los países, uno sobre los discursos y otro sobre las imágenes. Por una serie de causas que no viene aquí al caso esto no se pudo cumplir en los casos de Argentina, Colombia y Ecuador, a los que se dedica un solo trabajo. Son, sin duda, ausencias importantes y significativas que sólo me queda lamentar.

Tomás Pérez Vejo

Escuela Nacional de Antropología e Historia

REFERENCIAS

ALTAMIRA, Rafael

Mi viaje a América, Librería de Victoriano Suárez, Madrid, 1911.

ANDERSON, Benedict

Imagined Communities, Verso, Nueva York, 1991.

EARLE, Rebecca

“‘Padres de la Patria’ and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth Century Spanish America”, en *Journal of Latin American Studies*, 34: 4 (2002), pp. 775-805.

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo

Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica, Ediciones Cátedra, Madrid, 2004.

GUTMAN, Margarita y Thomas REES

Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

LYNCH, John

The Spanish-American Revolutions, 1808-1826, Nueva York, W. W. Norton, 1973.

PÉREZ VEJO, Tomás

“La construcción de México en el imaginario español decimonónico (1834-1874)”, en *Revista de Indias*, LXIII:228 (2003), pp. 395-418.

“El uso de las imágenes como documento histórico. Una propuesta teórica”, en Gumersindo VERA HERNÁNDEZ, Alejandro PINET PLASENCIA, Pedro QUINTINO y Franco SAVARINO (coords.), *Memorias del simposio Diálogos entre la Historia Social y la Historia Cultural*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2005, pp. 147-160.

España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación, México, El Colegio de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2008.

SEPÚLVEDA, Isidro

El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo, Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2005.

TENORIO TRILLO, Mauricio

“Mexico City: Space and Nation in the City of Centenario”, en *Journal of Latin American Studies*, 28: 1 (1996), pp. 75-104.

TILLY, Charles

Coercion, capital, and European states, AD 990-1990, Cambridge, Mass., B. Blackwell, 1990.

